

Silvestre Stenger, O.S.B.

TEOLOGIA Y CIENCIA MODERNA

Es cosa conocida que, en el conjunto de la Universidad Católica, la Facultad de Teología no representa un factor especialmente activo, vital y creador. En el cuadro general de las aspiraciones intelectuales y espirituales de las demás escuelas universitarias la Facultad de Teología significa poco. Si ella no existiera la Universidad Católica no carecería, al parecer, de un elemento esencial.

Sería totalmente equivocado explicar este hecho por responsabilidades personales. Ni el P. Decano de la Facultad de Teología y sus profesores, ni el señor Rector de la U. C. tienen culpa alguna en esta situación que, por otra parte, no deja de ser triste y alarmante. La causa verdadera del mal es muy remota y se encuentra principalmente en el cisma que se ha producido, siglos atrás, entre las ciencias sagradas y profanas. Desde el Renacimiento la investigación científica se ha desarrollado en un atmósfera de oposición contra la teología. No es ahora el caso de determinar quién ha sido el responsable de aquella enemistad, basta haber recordado el hecho. Las consecuencias de este proceso han sido gravísimas bajo todos los aspectos, porque las ciencias no se limitaban a su propio campo de investigación, sino que inventaban y defendían doctrinas que en gran parte estaban totalmente fuera de su alcance. A causa de estas continuas transgresiones de las ciencias y frente a su actitud, frecuentemente provocadora, los teólogos se acostumbraron a desconfiar de todo lo que provenía de la ciencia.

La posición de la ciencia, sin embargo, se ha modificado profundamente en los últimos decenios. Han sido, en primer lugar, los grandes físicos como Planck, Eddington, de Broglie, von Weizsäcker y otros, los que renunciaron a extender la competencia de su ciencia más allá de sus propios límites. Fenómeno impresionante: la más perfecta y más exacta de las ciencias, siguiendo el camino de la investigación rigurosamente científica, ha descubierto que sólo una parte de la realidad es accesible a ella. Todos los grandes físicos admiten: "Hay algo más allá de la física". Este "algo" es físicamente inverificable, pero sería absurdo negar su existencia. Entre los biólogos esta modestia es todavía menos universal, y esto es comprensible porque se trata de una ciencia todavía relativamente joven, mas todo indica que también en este campo y con mucha mayor razón, se va imponer a la larga la reserva que ya es característica en los físicos. La psicología de profundidad —muy en contra a las intenciones de su fundador— ha dado un golpe mortal al racionalismo ingenuo del siglo pasado, porque gracias a ella sabemos por mil experiencias que en las acciones humanas lo irracional es una fuerza motriz mucho más efectiva que la razón pura, que era el orgullo de todos los pensadores del siglo de las "luces". Los acontecimientos históricos de nuestra generación por su parte han acabado con el dogma del

infinito progreso del género humano. Hoy día sólo un hombre superficial puede adherirse a tal quimera. La historia de las religiones comparada ha reducido a cero el argumento de que religión y civilización serían fuerzas antagónicas. Lejos de ser el índice de una espiritualidad primitiva las religiones de la humanidad se han revelado como los estímulos más poderosos de todo movimiento histórico, mientras que las épocas de incredulidad son tiempos de decadencia y de esterilidad universal. No es exageración alguna el hacer constar que la actitud del mundo intelectual frente a las cuestiones metafísicas y religiosas ha cambiado radicalmente desde el fin de la primera guerra mundial. Y, lo que es muy notable, este resultado se nos presenta como una conclusión encontrada por los mismos científicos, en su mayor parte incrédulos. El método científico ha superado por sí mismo al positivismo dogmático.

Esta situación significa una inmensa posibilidad y al mismo tiempo responsabilidad para la teología católica, porque cuando se acaban los dogmas de una seudociencia, o de ciencias que se usurpaban una competencia que no poseían, se plantea inmediatamente la cuestión de Dios (la que en verdad nunca estaba tan ausente del campo de investigación e interpretación como los científicos lo pretendían). Hoy día, por lo menos, el interés religioso es mucho más vivo de lo que ordinariamente se cree. Hay que decir, sin embargo, que los teólogos casi no han correspondido a este llamamiento, tan inesperado, de los adversarios de ayer. Esta actitud negativa es muy comprensible porque hasta hace muy poco tiempo un diálogo entre ciencia y teología era sencillamente imposible por el desdén de la ciencia frente a todo lo que no puede ser el objeto de experiencias físico-químicas. Hoy día este diálogo no se inicia, aunque muchos científicos lo desean, por la distancia casi infranqueable que se ha producido entre los dos bandos. No cabe duda de que en el campo de los teólogos predomina aún la desconfianza y, al mismo tiempo, la ignorancia de los verdaderos problemas de la ciencia actual. Esta ignorancia se debe en parte, aunque no enteramente, al carácter complicado y casi esotérico de algunas ciencias, antes que nada de la física teórica, circunstancia que no facilita la discusión de sus problemas entre iniciados y no iniciados, aunque no la hace enteramente imposible.

Parece muy deseable e incluso necesario establecer un contacto fructífero entre teología y ciencias. No es una situación sana y normal que los científicos desarrollen más o menos ingenuamente doctrinas filosóficas o teológicas mientras que los filósofos y teólogos ignoran una gran parte de los resultados seguros de las ciencias. ¿Acaso no es muy serio el hecho de que los teólogos desconocen muchas de las cuestiones que conmueven, a veces apasionadamente, a los contemporáneos? ¿No resultará de esta situación una amplia incapacidad de tomar una posición, positiva o negativa, en todo caso adecuada, frente a los problemas actuales? ¿No tendrá la ausencia de los teólogos en el campo de discusión por consecuencia que la proclamación de la doctrina del Evangelio se va a mover en un cierto vacío, es decir, sin tomar en cuenta las inquietudes del hombre de nuestra era? ¿No significa tal ausencia una pobreza para la teología misma?

No será inútil recordar en este contexto que teológicamente nos encontramos hoy en una situación muy parecida a la del siglo XII. En aquella época el conocimiento de las ciencias profanas había crecido enormemente, debido al contacto con el mundo árabe, y la teología tradicional era al principio incapaz de integrar en sí las doctrinas nuevas, como p.e. la lógica aristotélica hasta entonces casi desconocida.

Nació en aquellas circunstancias la tentación de admitir una verdad doble: lado a lado, y sin contacto interior, existirían dos ciencias, posiblemente en contradicción entre sí, una sagrada, otra profana. Por la labor intelectual de los grandes dominicos S. Alberto y S. Tomás la teología católica alcanzó a superar la crisis por incorporar en sí todo lo que era auténtico en el saber profano de la época. Se sabe que encontró al principio una resistencia viva entre otros grupos y escuelas teológicas, pero la Iglesia ha sancionado la obra de los teólogos dominicos.

¿No sería indicado intentar hoy día una síntesis análoga entre el dogma católico y los resultados, en cuanto pueden serlo seguros, de la ciencia moderna? ¡No se trata, por cierto, de modernismo! No hay que "adaptar" el dogma a las ideas modernas. Tal intención resultaría errónea desde un principio. Por otra parte no se puede negar que el aspecto del mundo ofrecido por la ciencia actual pone muchos problemas al teólogo cristiano y que le ofrece la posibilidad de repensar uno u otro aspecto no del dogma como tal pero sí de su explicación. De tal manera no cabe duda de que algunas verdades dogmáticas revelarán, como debe ser, un interés muy actual, porque la revelación es la respuesta a los problemas humanos de todas las épocas y de todos los tiempos. Esta respuesta es en el fondo siempre la misma, pero su formulación que se hace por medio de la lengua humana depende hasta cierto grado de esta lengua y de sus conceptos, y, por eso, del momento histórico.

El medio más adecuado para realizar el contacto entre teología y ciencia nos parece ser una *revista* dirigida por un grupo de teólogos abiertos al problema indicado y dispuestos a cooperar en su solución. Esta revista debe estar abierta a científicos competentes que por su parte conocen la misma inquietud de aspirar a una integración del saber profano de nuestra época en una visión del mundo auténticamente cristiana respetando la dignidad y competencia de la investigación profana y al mismo tiempo deseando incorporarla armoniosamente en la fe en el Creador de todas las cosas.

Literatura. Karl Rahner S.J., "Ueber den Versuch eines Aufrisses einer Dogmatik", *Schriften zur Theologie, vol I*, 9-49 Einsiedeln (Suiza).